

Señor Rector Juan Carlos Henao

Consejo Directivo de la Universidad

Profesores, antiguos alumnos, estudiantes, funcionarios, amigas y amigos reunidos hoy para celebrar la efeméride, externadistas todos por profesión o afecto:

Según el Popol Vu, producto de esta hermosa América mestiza, antes de los mayas, los dioses crearon unos seres de barro; faltos de consistencia se disolvieron con la lluvia; después probaron con seres de madera que no tenían alma, ni sangre, ni emociones y no recordaban a sus creadores; el fuego los aniquiló. Fijaron entonces su mirada en el maíz, en la vida con su constante intercambio entre la simiente y el fruto; ese grano dio vida a unos seres que podían atisbar el infinito, privilegio supremo de los dioses; estos, para conservar la distancia, les nublaron la visión.

Veintisiete lustros han recorrido las generaciones que, en maravillosa sucesión de semilla y fruto, han construido una comunidad sólida unida por entrañables vínculos de afecto, compromiso y orgullo: la gran familia externadista

Lluvia y fuego – sobre todo el fuego- han marcado los ciento treinta y cinco años de nuestra andadura sin convertirnos en fango o en cenizas. Hemos pasado por el crisol y superado las tormentas, hemos visto la luz y las tinieblas, recordamos a los fundadores, no olvidamos las víctimas ni los mártires, atisbamos el futuro y siempre actuamos para llenarlo de sentido y mantenerlo en buena dirección.

Nuestro alumbramiento se produjo en dos modestas habitaciones de un edificio en el costado occidental de la plaza de Bolívar; la gestación en una riquísima tienda de libros¹, el mejor escenario para una institución consagrada a la creación y difusión del conocimiento y el diálogo de Pinzón Warlostén con sus compañeros en el grupo de Radicales, enamorados de la libertad y la igualdad, que allí hicieron realidad la hermosa quimera de fundar un instituto

¹ La Librería Colombiana de Salvador Camacho Roldán

que permitiera a profesores y estudiantes vagabundear sería pero libremente por los senderos de la sabiduría.

¡Imagino cuánto hubieran gozado con las facilidades tecnológicas que hoy tenemos al alcance de la mano y cuánto hubieran cavilado sobre el nuevo índice de lecturas prohibidas que se puede imponer a golpe de algoritmos, mercado y monopolio!

Hoy compartimos muchos recuerdos y unas páginas en blanco para seguir escribiendo la historia.

Hablar en nombre de los profesores, que es mi tarea en esta efeméride, no resulta fácil. Somos un grupo que comprende un arco muy amplio de edades, proveniencias y estudios especializados; transitamos rutas mentales y caminos ideológicos y políticos diferentes; todo esto sin aludir a la diversidad de nuestros caracteres y maneras de reaccionar ante los estímulos externos; más, sin duda, tenemos fe en el conocimiento, en los estudiantes, en nosotros mismos y en el porvenir del Externado. La dificultad aumenta porque no puedo aprovechar la oportunidad para ocupar el lugar de los candidatos a la Rectoría y bosquejar mi propia visión sobre lo que debe ser y hacer la universidad en los próximos seis años.

Puedo, en cambio, reiterar que los profesores nos interesamos vivamente por la forma de gobierno de la Universidad, por el estatuto profesoral, los enlaces que se establecerán con el Consejo de profesores, institución renovada que exige cuidado sumo para no cambiar su esencia, las medidas encaminadas a acelerar la marcha hacia la igualdad plena entre los géneros, el apoyo a los docentes y a los investigadores, tanto para continuar su formación, como para mejorar su difícil pero gratificante desempeño en las aulas, por la gestión ecológica; en fin, por las medidas dirigidas a lograr que todo el tejido universitario se mantenga vivo, colaborativo y flexible.

Nuestra Universidad nació como todo ser debiera hacerlo: fruto de sueños, ideales, esperanzas y amores compartidos. Dentro de estos elementos es difícil señalar límites o establecer donde termina uno y comienza el otro. Quizá podamos decir que el sueño de los fundadores era una patria en paz, igualitaria, moderna y próspera; el ideal, instruir para independizar, la

esperanza, tener sabiduría, medios y autonomía para lograrlo, y sus amores, la libertad y la dignidad.

Un pequeño grupo del ala civilista de los Radicales fue la comunidad primigenia en la que confluyeron políticos, oradores, periodistas y maestros para concretar tales valores en la Casa de estudios que llamaron Externado de Colombia y así anunciar con el nombre mismo la salida del claustro y el compromiso con la patria que Pinzón Warlonsten suscribió al decir: “antes que Radical soy liberal y, antes que liberal soy colombiano”.

Los profesores y estudiantes expulsados de la Universidad Nacional y del Colegio de Nuestra Señora del Rosario por sus ideas liberales, encontraron una nueva vida; desde entonces el Externado ha sido asilo y refugio para inconformes valientes y osados precursores: en el comienzo se llamaron Salvador Camacho, Santiago Pérez, Juan Manuel Rudas o Tomás Eastman; seis décadas después, Raúl Leoni presidente de Venezuela, Rosita Rojas, la primera abogada de Colombia o Fabiola Aguirre, la primera magistrada; del “olvido que seremos” fueron rescatados compañeros brillantes, y así sucesivamente.

En esta época de estandarizaciones y cánones rígidos de medición reconforta saber que también en el interior de las aulas el Externado fue innovador y revolucionario²; los profesores introdujeron doctrinas nuevas, incluso de la mano de libros prohibidos por la censura oficial e intentaron terminar con la omnipresencia del método escolástico para ensayar otros más experimentales, o más próximos a la sociología y las ciencias naturales, germen fructífero de lo que hoy llamamos convergencia o transdisciplinariedad. Una verdadera revolución en la manera de acicatear el pensamiento, entenderse y marcar caminos.

Todo movimiento libre que no se agote con el primer esfuerzo, máxime si puede transmitir sus logros a las generaciones futuras, hace sonar las alarmas en las habitaciones del poder centralizado y confesional, cuyo ejercicio no tiene límites ni contrapesos.

La valiente comunidad inicial, bien pronto fue objeto de persecución directa. Con base en la terrible ley 61 de 1888, llamada de los caballos, en 1891 “se

² C. AS. TORRES, p. 556 del libro de J. C. RODRÍGUEZ

impusieron al Externado medidas de fuerza para evitar su funcionamiento". Dos años más tarde Santiago PÉREZ, quien se desempeñaba como codirector, se vio obligado a marchar al exilio.

En el 95 la guerra y el prematuro fallecimiento de Pinzón fueron golpes mortales. La familia debió refugiarse en otros lares y bajo otros nombres - Republicana, Fundación para la creación de una universidad libre- sin claudicar y sin perder identidad. Inconforme y altiva, no cedió a la tentación de confundir la acción cívica, que, por cierto, nos ha caracterizado desde siempre, con la política partidista. No la sedujeron los cantos de sirena de Suárez o de Herrera.

En 1905, uno de los alumnos del 86, Tomás O. Eastman presentó en el Congreso un proyecto de ley de autonomía universitaria; medio siglo después, en 1957, la dictadura de turno trató de silenciar la protesta estudiantil cobrándose la vida de varios jóvenes; un grupo de rectores, solidarios con la causa de los estudiantes, fundó la Asociación Colombiana de Universidades con el fin de unir esfuerzos en la labor de mantenerlas independientes; el acta de fundación se firmó en el salón de grados del Externado e Hinestrosa Daza fue su primer presidente.

En 1923 la comunidad externadista regresó a sus orígenes, decidió seguir desarrollando su programa de acción con personería propia, bajo la dirección de Diego Mendoza Pérez. El nuevo reglamento permitió, por primera vez en una universidad privada, la participación de los estudiantes en el gobierno de la institución que tan buenos frutos sigue produciendo.

Como primordio del cumplimiento de deberes de solidaridad con la comunidad cercana, se ofrecieron a obreros y artesanos útiles cursos de extensión. Seguimos en este empeño pero faltan muchas tareas por hacer; para nadie es un secreto que la sindemia, por razones obvias, se ha ensañado con los ya vulnerados.

Mendoza en la década del 23 al 33 del pasado siglo, plena de contrastes sociales y económicos en el país y el mundo, dirigió la consolidación del Externado, la publicación de la primera revista así como el encuentro docencia - investigación mediante la introducción de los seminarios jurídicos cuya

dinámica se renueva periódicamente y anuncia derroteros prometedores con el trabajo interfacultades.

A la muerte de Mendoza, Hinestrosa Daza ocupó la silla rectoral. Intelectual a la vez que hombre de acción dejó profunda huella en la cultura colombiana, fue presidente de la Corte de oro que renovó la interpretación de las leyes en nuestro país para acercarlas a las necesidades vitales de los seres humanos y reconoció la dimensión social de los derechos.

El inolvidable Maestro manifestó su felicidad cuando, gracias a su austeridad y la del grupo de profesores que le acompañaban, cesó el peregrinaje de la comunidad mediante la adquisición de su primera casa propia; también cuando se compraron los predios para construir la hermosa sede que ocupamos desde 1969.

Es imposible hacer hoy un inventario de sus múltiples realizaciones; a falta de él, permítanme repetir las palabras que otro día dediqué a su recuerdo: “La dignidad fue su enseña, la música su pasión dominante, el derecho su misión, el Externado la saeta lanzada hacia el futuro en la dirección correcta y con el empuje de su vigorosa personalidad”.

En 1963, un joven profesor de Derecho privado, notable ya por su sabiduría, que en muy poco tiempo se convirtió en personaje nacional e internacional, Fernando Hinestrosa, fue el elegido por el Consejo Directivo para continuar la labor del Maestro.

Como hombre público mereció innumerables homenajes y condecoraciones en Colombia y fuera de ella.

Herederero de la más pura tradición del Radicalismo liberal creyó en la educación como necesario presupuesto de la libertad; puso tal empeño en la formación de los profesores que a su muerte un número envidiable de nosotros tenía título de doctor o de magister; la oferta de programas se multiplicó; funcionarios diligentes se incorporaron al servicio de la casa de estudios; el prestigio del Externado, bajo su sabia dirección se incrementó en forma exponencial tanto en el país como en el exterior.

Embajador, ministro, concejal, en ninguna parte se sentía más a gusto que en las aulas universitarias. Es grato recordarlo como orgulloso profesor de historia

del derecho, obligaciones, negocio jurídico, romano y derecho de familia, entre otras asignaturas.

Con él compartieron cátedra grandes maestros que formaron a las generaciones actuales. En la memoria colectiva reposan muchos nombres ilustres, como homenaje a todos ellos, podemos recordar a Richard Tovar, recientemente fallecido y, por supuesto, a Alfonso Reyes, Carlos Medellín, Manuel Gaona, José Gnecco, Emiro Sandoval, Fabio Calderón y Darío Velásquez que pagaron con la vida su compromiso con Colombia en el abominable holocausto del Palacio de justicia.

El rector actual posee una envidiable fama como carismático profesor. Dicen que en el salón de clase, además de la profundidad de sus conocimientos jurídicos luce sus calidades de maestro que estimula el análisis, el debate y la búsqueda de soluciones innovadoras a problemas de máximo interés.

El profesor Henao dejó la presidencia de la Corte Constitucional para ocupar la Rectoría del Externado que consideró el máximo honor en su carrera. Como los anteriores, hubo de enfrentar grandes retos, el último de los cuales planteó la ruptura más sensible con cualquier desarrollo conocido; por fortuna el equipamiento tecnológico pudo completarse rápidamente porque el tránsito hacia la academia híbrida se había previsto años atrás; máquinas, software y personal calificado estaban funcionando; de la misma manera, los profesores contábamos con el apoyo necesario.

Dolorosamente algunos alumnos han debido aplazar su programa de estudios, tocados por los efectos de la pandemia, pero el Externado ha ayudado a muchos con descuentos y becas para continuar los estudios.

Hace poco el Rector hizo público el informe de su gestión que, estoy segura, será objeto de nutridos comentarios en el diálogo que los candidatos a sucederlo comenzarán con estudiantes, funcionarios, antiguos alumnos y profesores a partir de mañana. Por eso, con su venia, me abstengo de traer a esta conmemoración los juicios sobre su labor institucional.

Estoy segura, eso sí, del talante amistoso con el que procederá al empalme con su sucesor tendiendo los puentes necesarios que faciliten un tránsito al estilo

de nuestra familia: sin rupturas malsanas, regido por la transparencia y la solidaridad.

Colegas profesores, es imposible que no hablemos de la coyuntura actual en el espacio de nuestro diario transcurrir.

Con ocasión del cierre de las instituciones educativas, el canal internacional de la televisión italiana entrevistó a niños y jóvenes sobre aquello que más extrañaban de la situación anterior; los más dijeron sin titubeos que a sus compañeros, algunos que los deportes, un pequeño puñado que a sus profesores, pero lo que llamó poderosamente mi atención fue la respuesta de un joven quinceañero que dijo: el conflicto, así, sin más palabras; como su lenguaje corporal no permitía deducir que se refería a broncas y camorras, pensé en otra de las acepciones del sustantivo que lo presenta como sinónimo de problema, cuestión, materia de discusión y me dije qué bien entiende ese chico el mejor método para la búsqueda de conocimientos y la formación de criterio o el análisis de un programa electoral.

Es cierto que ahora pasamos demasiado tiempo sentados frente a una máquina fantástica, pero creo que sería ridículo cambiar de herramienta para seguir haciendo lo mismo de antes; parafraseando a Italo Calvino, afirmo que para escapar de la pesadez de las pantallas, de las pocas pulgadas de visión que ellas nos brindan y aprovechar su extraordinario poder comunicativo, es necesario “cambiar el enfoque, mirar el mundo con otra óptica, otra lógica, otros métodos de conocimiento y de verificación”, cambiar la mentalidad de control por la de confianza. No predico llevar a las aulas universitarias las lúdicas del jardín de infancia, sino estimular día a día la puesta en común del mayor número de interrogantes y posibles soluciones sobre la base de informaciones obtenidas mediante trabajo perseverante, colaborativo y riguroso.

Hagamos que para nuestros estudiantes importen más la profe Rosa o el profe Juan que una nómina de brillantes figuras; bienvenidas la investigación, la aprobación de los pares, las huellas en el ciberespacio indispensables en las universidades con proyección de futuro, pero en el día a día del encuentro presencial o virtual con el estudiante importa mucho más la pasión que pongamos en el trabajo que elegimos.

Todas las Facultades de nuestra universidad imparten clases sobre los derechos fundamentales y las acciones para exigirlos o evitar su vulneración, sin embargo, en estas horas de dificultad, Adela Cortina nos exhorta a reconocer que “estamos ligados unos a otros y por eso estamos mutuamente ob-ligados...que...nuestra vida no puede ser buena sin compartir con los otros la ternura y el consuelo, la esperanza y el sentido...lo que no puede exigirse como un derecho ni darse como un deber, porque entra en el ancho camino de la gratuidad”.

Hoy estamos satisfechos con los aires renovadores; nos hemos reconocido como profesores externadistas sin distingos de facultades o departamentos, elegimos nuestros representantes al Consejo directivo; logramos consensos; estamos más comprometidos que nunca con el futuro de la Universidad; dialogaremos con los candidatos a la Rectoría en el espacio sin puertas de las plataformas de comunicación: tremenda responsabilidad para los enamorados de la libertad que nunca han permitido que el Externado “sea moneda de cambio para el ascenso político o la vanidad personal”.

A veces, no somos conscientes del enlace entrañable de los tiempos en una misma vida; cada generación de herramientas lleva implícita la muerte de las precedentes; tenemos a disposición unas muy nuevas, sin poder calcular que tan rápido llegará su obsolescencia; un terrible virus ha despoblado nuestros jardines y edificios; lo tangible se ha vuelto efímero; por fortuna no ocurre lo mismo con los compromisos, valores e ideales; estos, remozados y adaptados por las distintas generaciones a las circunstancias propias de su vida, constituyen en el caso de nuestra gran familia la brújula que orienta las acciones, la esencia de nuestro espíritu, el vínculo que nos une y permite reconocernos a pesar de la distancia que nos separe en el tiempo o el espacio.

Hermanando los ideales con la poesía, resulta oportuno que termine mis deshilvanadas palabras con una estrofa de la carta que el poeta bosnio Izet Sarajlic dirigió al año 2176:

¿Qué?

¿Todavía escucháis a Mendelssohn?

¿Todavía recogéis margaritas?

¿Todavía celebráis los cumpleaños de los niños?

¿Todavía ponéis nombres de poetas a las calles?

Y a mí, en los años setenta de dos siglos atrás, me aseguraban que los tiempos de la poesía habían pasado- al igual que el juego de las prendas, o leer las estrellas, o los bailes en casa de los Rostov.

¡Y yo, tonto, casi lo creí!

